

**DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO (C)**  
**Homilía del P. Jordi Castanyer, monje de Montserrat**  
**2 de septiembre de 2007**  
**Sir 3, 9-121.30-31; Heb 12, 18-19.22-24a; Lc 14, 1a.7-14**

Queridos hermanos y hermanas:

¿Hay alguien de nosotros que lo hace, eso que acabamos de oír ahora en el evangelio, cuando invita a alguien?

No podemos leer la palabra de Dios -o no tendríamos que hacerlo, ni leerla ni escucharla- con aquella actitud que tenemos por ejemplo cuando bien sentados en la platea o en cualquier otro lugar de un local contemplamos una obra de teatro. Estamos, ni habría que decirlo, muy atentos, y nos gusta; "y ¡ que bien que lo hacen", decimos, "y que interesante es!" No, para allí es muy adecuada esta actitud; pero ante las escenas evangélicas que leemos o que se nos proclaman, como ahora mismo, no hay, o no tendría que haber, por una parte los actores -hoy, por ejemplo, la amo de casa, el anfitrión fariseo, los que son invitados, la mayoría probablemente también fariseos, Jesús mismo... - y por la otra los espectadores, que seríamos nosotros. Al leer el evangelio, o subimos todos al escenario y nos vemos haciendo los diversos papeles, ahora el uno ahora el otro, o, por más que nos duela -y ¡ojalá que nos duela!- nos perdemos una gran buena parte de la viveza, de la fuerza, de la enseñanza de Jesús; ¡ya es bien triste quedarse en la superficie de cualquier texto, pero mucho más cuando afirmamos que este texto es palabra del Señor, palabra de vida!

Hoy la escena que nos propone Jesús, para sumergimos en ella, trata de la humildad y de la generosidad. Y lo explica en el contexto de una comida en la que los comensales eran gente notable, sea por los muchos bienes que tenían sea por la sabiduría que habían adquirido; les había invitado uno de los principales fariseos. La comida debía ser suculenta y el clima y la conversación, de un nivel alto. Y Jesús, allí con ellos. No nos precipitemos pensando que Jesús se encuentra incómodo; precisamente san Lucas -quizás por influencia de san Pablo, que no se privaba de recordar al buen fariseo que había sido siempre- subraya diversas veces una relación lo bastante correcta entre Jesús y los fariseos. Pero para Jesús la amistad, la buena relación, y la caridad, nunca son excusa para no decir la verdad y para reprobado aquello que no va de acuerdo con su enseñanza de vida; por más que escueza (sólo hay que recordar lo que llega a decir a los apóstoles mismos, empezando por Pedro).

Jesús, pues, estaba allí; dice el narrador que todos lo observaban, quizás con intenciones diversas, pero también deja claro, el narrador, que Jesús no estaba distraído -¿estaba distraído alguna vez Jesús?: también observa qué pasa, como se comportan los que están en su entorno. ¡Y en medio de tanta sabiduría y de tanta opulencia les habla de humildad y de generosidad! ¡Ya son ganas de provocar! No quieras ocupar los primeros puestos, no te hagas ver tanto, no te escuches tanto cuándo hablas, no vayas por el mundo de creído y de sabio, no te creas que eres quién sabe quién; hala, cuanto más arriba estás, o te piensas que estás o te dicen que estás, procura ser más campechano, ir más abajo, sé más sencillo, no te pongas muchas medallas ni busques que te las pongan; si tienes que mandar da sobre todo ejemplo de servicio; haz tú la foto aunque después resulta de que no sales y no te ven; qué bien: estabas y no te ven; en una palabra: no seas orgulloso, sé humilde, que quiere decir estar en tu sitio, pero no te lo escojas tú, el sitio, deja que te lo escojan, y si te lo escogen arriba mira sobre todo los que están más abajo y los que te sirven, que probablemente son los que más se merecen estar donde estás tú, y que en tu corazón haya sobre todo mucho y mucho de agradecimiento.

Y a continuación Jesús se dirige particularmente al amo de casa, que no debía ser precisamente ningún indigente y que probablemente -la condición humana de entonces es muy parecida a la de ahora, a la nuestra- esperaba que algún comensal le mostrara algún detalle de agradecimiento o le devolviera algún favor por ejemplo con una comida parecida. A éste, pues, Jesús, provocador como suele ser, le habla de inválidos, de cojos, de ciegos, de pobres..., de todo tipo de pobres, y le recomienda que otra vez cambie de comensales; que no se olvide, de los que nada le podrán dar pero que le harán evidente más que nadie que el gozo más profundo le viene no de su riqueza sino de la generosidad, del desprendimiento, de la solidaridad, de servir gratuitamente; le vendrá, el gozo, de una mirada de agradecimiento de alguien que quizás le dirá, ni que sea después de recibir unas cuantas migajas o sobras: "yo no puedo, pero que Dios te lo pague". "Dichoso tú, entonces -hemos oído al final del texto evangélico: porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos".

Y nosotros, hermanos, estamos en el escenario, si es que ante tanta provocación no hemos cedido a las ganas de huir. Y, muy probablemente, todos somos de aquellos que se dice el primer mundo: hemos ido a la escuela, tenemos más o menos cultura, por burros que seamos nos consideramos más sabios que otros; y comemos bastante bien, y la mayoría comemos tres veces cada día; somos de los privilegiados de nuestro mundo, de los pocos privilegiados. Y Jesús está bien con nosotros, pero no nos lanza piropos sino que nos recuerda que, si queremos ser de los suyos, alguna cosa u otra tenemos que cambiar; no sé exactamente qué, pero alguna cosa u otra tenemos que cambiar, ni que sea el darnos cuenta de que quizás no podemos o no osamos cambia nada y que estamos muy lejos de lo que tendríamos que ser como discípulos de Jesús. En cuestión de ocupar los primeros puestos y de buscar protagonismos ridículos y estériles y también en cuestión de compartir nuestros bienes -por cierto, ¿seguro que son "nuestros"?- de compartirlos, digo, con los que más lo necesitan, y que quizás son "suyos" ... Hoy, por ejemplo -y sobre todo que no sea para anestesiar un rato nuestras conciencias-, haremos, al final de esta nuestra Eucaristía, una colecta a favor de los damnificados a causa del terremoto de hace pocos días en el Perú. Seamos generosos; no nos lo podrán devolver. Pero es cada día que hay que tener actitudes de servicio y de generosidad. No tenemos tan lejos el cuarto mundo, ni el quinto, ni el sexto ...

Hermanos: Jesús, hoy, no nos ha explicado ningún tipo de estrategia que consista en quedarnos siempre detrás para ver si así alguien nos hace subir más arriba o nos coloca delante de todo; ni nos ha dado recetas para salvar nuestra alma cuando resuciten los justos ... ¿Sabéis qué ha hecho, Jesús, hoy, con estas palabras que hemos leído, y sabéis qué hacía entonces, cuando se dirigía a aquellos comensales?: les hablaba y nos ha hablado de él mismo, y cuando Jesús habla de él mismo habla -no lo olvidemos nunca- de Dios, de la manera de hacer de Dios, que se nos ha revelado en Jesús, en Jesús que preside esta comida a la cual nos invita; él, Jesús, que es el más rico, que es el señor, que es el maestro, que es el padre. Pero mirad como nos preside: ¡aquí en la cruz! La victoria de la cruz. Y él, que es el más rico, se ha hecho el más pequeño; él, que es el señor, se ha hecho el servidor; él, Dios mismo, nos ha dado ejemplo agachándose delante nuestro y lavándonos los pies. Y nosotros nos llamamos sirvientes de este señor, discípulos de este maestro, seguidores de Jesús, hijos de un padre tan entrañable. ¡Qué osadía, la nuestra! Ya hacemos bien, antes de decir el Padrenuestro, de pronunciar la expresión "nos atrevemos a decir", porque de hecho no vivimos en absoluto como haría falta.

La escena que hemos leído continuaba así: uno de los comensales, atento -y todo hace pensar que con muy buena intención-, dijo a Jesús: "Feliz el que se sentará en mesa en el Reino de Dios". Nosotros, dentro de poco, justo antes de recibir el cuerpo

de Jesús, diremos: Dichosos los invitados a la cena del Señor; y manifestaremos -no lo olvidemos- nuestra gran indignidad. La Eucaristía es una comida: felices los que participamos, felices los que nos consideramos invitados por Jesús, felices los que comemos de esta mesa que él nos prepara. Pero sólo seremos felices, profundamente felices, si nos dejamos, ni que sea un poco, provocar por lo que Jesús nos dice.